

Armando Moreno/Reportero fuente policiaca

Milenio Laguna

Periódico Express

Multimedios

Armando empezó tarde en el periodismo, a los 36 años. Tiene 15 años como reportero de fuente policiaca.

Armando Moreno nunca se imaginó que su trabajo lo llevaría a situaciones extremas.

En sus primeros tres años cubría accidentes, asesinatos de riñas, rencillas entre familias, amigos. Recuerda que salían a relucir de repente pistolas 9 milímetros o 39 súper. Había acuchillados, crímenes “pasionales”.

Pero fue a partir de 2007 que brotaron las primeras balaceras entre “policías y malandros”, dice él. Armando era reportero del turno nocturno. Iniciaba labores a las 10 de la noche y terminaba a las 7 de la mañana.

“Era controlable en un inicio. Con los grupos de la región que habían estado establecidos durante muchos años”, recuerda. “Mi trabajo era recorrer las calles de Torreón y municipios adyacentes, tratábamos de encontrar algo de interés”, agrega.

Moreno menciona que en un inicio le provocaba emoción porque escuchar un reporte de una balacera era algo atípico. “Causaba emoción ser los primeros, saber qué había pasado en los eventos violentos, quiénes se habían balaceado, quiénes se habían muerto”, dice.

Pero poco a poco la emoción se convirtió en pánico y terror, comenta. Y terminó en un “trauma extremo”, al ser asesinado a uno de sus compañeros, Eliseo Barrón.

Armando Moreno habla sobre su primera cobertura “espectacular”. Recuerda que fue el primero de abril de 2007, un enfrentamiento que inició el 31 de marzo.

“Recuerdo que se enfrentaron delincuentes que supuestamente venían de Sinaloa, células que estaban decididas a asentarse en la región. Recuerdo que esa vez mataron a un policía, un tal Reno. Le dieron un balazo en la cabeza. Veías vehículos todos destruidos, impactos de bala en los negocios. No medíamos la magnitud del riesgo. Cubría televisión y hasta hacíamos *stand* donde salía el reportero, diciendo ‘aquí nos encontramos’. No medíamos”, comenta.

Primera sensación de riesgo

La primera vez que Armando Moreno sintió que estaba en una situación de riesgo, que ya había problemas serios de inseguridad en la región y que además las policías estaban infiltradas, fue en una ocasión a mediados de 2007, cuando le habló un amigo.

“Armando, necesito que me ayudes. Los policías (municipales) levantaron a una familiar y se lo llevaron. Nos dicen en el 066 que se lo entregaron a los Zetas”, le contó el amigo.

La esposa del amigo había insistido al 066 por auxilio, hasta que la operadora le contestó: “deje de estar molestando, porque su familiar se lo entregaron a los Zetas”.

La familia buscó en distintas cárceles y no apareció.

“Se me hizo muy atrevido, no creía. Pensaba que era su percepción, porque no aparecía”, platica Armando.

Después se volvió a comunicar el amigo para pedirle nuevamente ayuda porque ya les habían hablado y los habían citado en El Bosque (Bosque Venustiano Carranza de Torreón). No sabía quién los había citado. “Se me hace que son los de la patrulla”, le dijo el amigo. Armando pensó que quizá querrían moche.

Armando se dirigió en un coche de la empresa acompañado de un camarógrafo.

“Veo una camioneta Explorer guinda abierta, las puertas abiertas y cuando vamos llegando se bajan dos tipos y uno con una metralleta me la pone en la cabeza”, relata Armando.

-¿Y tú qué estás haciendo aquí, cabrón? –cuestionó la persona armada.

-Yo me voy –respondió Armando con la metralleta apuntándole. La persona le apuntó y le pegó el cañón en la cabeza.

Lo empezó a cuestionar y al final la advertencia: “mira cabrón tú sacas algo y te mueres, vete a chingar a toda tu puta madre. Tú chitón porque sabes lo que le pasa a los que hablan”.

Armando agarró sus cosas y se retiró. “De reojo alcancé a ver a la mujer. Ahí me di cuenta de que era una situación gravísima. Pensé que todo estaba inmiscuido”.

La persona –recuerda Armando- habría tenido unos 30 años. Usaba chaleco, armado hasta los dientes y encapuchado.

“Fue la primera alerta. Todos esos rumores de levantones, de que la policía estaba inmiscuida, ahí me di cuenta”, narra Armando.

Armando pensó en salirse del periódico. No podía divulgar nada y lo podían matar en cualquier momento. Dice que la adrenalina, el hormigueo y el cuestionarse por qué tenía que estar bajo el cañón de un delincuente, fue lo que lo sostuvo.

“Tiene más poder una pluma que un arma de fuego, decía yo. Tiene más poder el raciocinio y pensamiento y la divulgación periodística, por eso nos matan, por eso nos levantan, porque saben que hay un gran poder. No podía concebir que los delincuentes nos dictaran la agenda informativa”, comenta.

Cambió en la dinámica de cobertura

Armando Moreno cuenta que cuando se acentuó la violencia, dejaban que las autoridades llegaran primero al lugar de los hechos. Se ponían en puntos estratégicos. Se acabaron las exclusivas y los compañeros se juntaron a hablar del manejo de la información. Nadie se atrevía a ir solo. Siempre estaban en comunicación.

“No es que pintáramos la raya, es que van a trabajar con nosotros, cabrones. Le publicabas a estos y aquellos se enojaban, y el miedo era que te quisieran levantar porque estabas jalando con los otros. Por qué publicas los muertos de nosotros, estás con ellos. Era sortearla. Sabía que ellos iban a comprar un solo periódico y tenía que ser cuidadoso con lo que iba a escribir. Por ejemplo, hablaba en plural, ponía las autoridades informaron, hombres armados llegaron. Suprimía grupo criminal, célula criminal. Eran civiles armados. Poníamos que se fueron en dirección desconocida”.

También cuenta que mandaban las fotos que querían que se publicaran y las dejaban en caseta. Después le hablaban ‘oye, ahí están las fotos, hay que poner esto, va contra Adelaido’. Armando informaba a su jefe de redacción. Desconocía cómo habían conseguido su teléfono.

“Los Zetas y los del poniente te hablaban, los de Gómez no, ellos actuaban. No te mandaban hablar ni nada. Fueron a balacear el Silgo, La I, nos mataron a un reportero. No eran de comunicación, ellos llegaban y actuaban”, platica Moreno.

En ocasiones prefería no llegar a su casa o dormir en el carro. Si pisaba su casa, era de entrada por salida. Sentía que entraban a ella. Desconfiaba de todos.

La información, dice, pasó del detalle a lo improvisado. Aprendió a controlar la emoción no llegar tan rápido a los lugares. En lo personal elaboró grados de riesgo en colonias, rutas de acceso y escape y se enseñó a emitir alertas de manera rápida a sus contactos.

“Aprendí que la muerte se tiene que respetar, que no hay egos”, agrega.

Grandes balaceras

Armando no puede concebir cómo con tantos militares y federales que arribaron a la región, no podían con los grupos criminales. “Tenían de cabeza a dos mil elementos de distintas corporaciones, cómo. Parecían shows montados. Era irracional que en las balaceras se enfrentaran a 5, 10, 15 y no pudieran con ellos”, opina.

Moreno recuerda una balacera del 19 de febrero de 2008, en la colonia Jardines de California, la cual duró horas (Armando dice que de 12 a 5:30 de la mañana).

“Se enfrentaron 3 sujetos armados, bien armados contra más de 300 elementos. Yo estuve ahí. Tiro tras tiro, fácil llegaron 20 patrullas. Llegaban camionetas de militares, federales y no podían darle batería a tres cabrones. A lo mejor eran más de 3. Era increíble como los tipos se enfrentaban”, relata.

Otra balacera, del primero de enero de 2009 en el Campestre La Rosita: “Siete cabrones dándole pelea a un arsenal de militares y policías. Empezó a las 3 de la tarde y terminó a las 11 de la noche. Es un temor terrible, un estruendo tan fuerte que tu cerebro no reacciona, quieres ver de dónde están disparando”.

También recuerda otra balacera el 5 de febrero de 2010 en el centro comercial Galerías, que duró hora y media.

Cuenta que antes del ataque a la quinta Italia Inn, levantaron a 11 personas, un 10 de julio, entre ellas 5 jovencitas. “Los destazaron, dejaron regadas las manos, piernas, brazos, en avenidas concurridas. Nos reportan una cabeza tirada en tal lado y luego en otro y en otro, era de terror. Y no tanto por intimidar a los adversarios, era intimidar a la sociedad. Eso ocasionaba que cada quien en su casa se resguardara”.

Armando, platica, miró descarnados, carbonizados, destazados, inclusive a una persona que le arrancaron la cara, como si le hubieran quitado una máscara.

En otra ocasión, recuerda que colgaron a tres personas en el puente del Simas (bulevar Independencia). “Les encajaron un garfio por la boca y les salía por la nariz. Los vistieron de hada, con sus falditas. Los ridiculizaban”, platica.

Cereso de Gómez

El día que levantaron a su compañero Javier Canales de Multimedia, los concentraron en la redacción, les informaron del secuestro y de las peticiones para soltar a las personas secuestradas.

“Me fui muy molesto porque ese día me mandaron cubrir la nota por exigencia de los malandros, tuve que ir a cubrir lo que estaba pasando en el Cereso, después del secuestro de Canales. Recuerdo muy bien que la gente que me recibió eran malandros, del grupo que había secuestrado a los compañeros. Sabía que los protestantes eran ellos. Me puse a sus órdenes prácticamente. Me arrebatában el micrófono”, comenta.

-‘Ven, ven, güey, entrevista a este cabrón’ -le ordenaban a las afueras del penal.

-Adelante qué quieres decir –respondía Armando.

-“¿Cuándo va a salir, güey?” –le hostigaban.

-En cuanto llegue al redacción.

-Pero de volada, cabrón.

Una hora estuvo en el lugar, “atendiendo” a la gente.

Otra experiencia contada en primera persona.

El 9 de febrero de 2009 estaba con mi novia, ahora esposa. Estábamos comiendo en un puesto de hamburguesas por el bulevar independencia. Vi tres camionetas y le dije ‘vámonos, deja te encamino’.

Se me cierra una nitro, luego otra camioneta oscura y se baja un cabrón con una metralleta, ‘bájate güey, bájate cabrón’. Otro tipo se baja y se pone atrás del carro. Me tiran al piso. ‘No te nuevas, güey, por qué no traes placas’. Mi coche no trae placas, les dije.

Me dicen que me levante y me recargo en la puerta trasera y se baja un tipo. La persona se recarga en la puerta. Me pregunta 'de dónde eres', 'de Gómez', le digo. 'Y la muchacha que viene atrás de ti quién es'. 'Es mi novia'. Ella venía atrás de mí. El vato se le empareja a ella, y le hace señas. Me le paro adelante y es cuando me cierran.

'Quién eres'. Armando Moreno. 'En qué trabajas'. En Multimedia. 'Qué haces ahí'. Soy reportero. 'Ah ya sé quién eres tú, eres el de la nota policiaca de la noche. 'Traes una credencial' y se la enseño y dice 'eh ya estuvo', les dice a los vatos. Y luego se presenta:

"Soy fulano de tal, soy el jefe de la plaza de Torreón y represento al señor Osiel Cárdenas Guillén, jefe del Cartel del Golfo, nosotros somos los Zetas". Sabes qué, te busco, te quiero dar un apoyo". Solo me dijo eso. Dame tu número y le di mi número. Nunca se comunicó, lo mataron después.

Después en un evento, un policía se acerca conmigo discretamente en un recorrido nocturno, y me dice: oye güey, que te iban a levantar. Sí. Pues te salvaste. Me dijo, te iban a levantar a ti y a la chava que traías, es que al jefe le gustó. Y luego, le dije. No pues supo quién eras y por eso te dejó, no quería pedos.

En otra ocasión, aunque en esa acepta que fue por irresponsabilidad de su parte, se metió a un corredor de droga que controlaban los Zetas en el mercado Alianza. Quería hacer un reportaje sobre prostitución. "Me fui y me metí a la boca del lobo. Ahí tuve la responsabilidad. Salieron de todas las cantinas, este puto es de los otros, viene a chingarnos. Hay que levantarlo, hay que quebrarlo, decían. Se comunicaron con un nextel e informaban: un pinche reportero que se metió, que anda haciendo un reportaje, despáchalo, mándalo a la chingada, qué hago, porque acá me dicen que piso, dile que se vaya a chingar a su madre".